562

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

AMOR PATERNAL,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

Vico

MADRID.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1872.

4

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE JULIO DE 1871.

EL TEATRO.

TÍTULOS.	Actos.	Prop. que correspond.
Á tal amo tal criado.....	1	Todo.
Al que se hace de miel.....	1	Id.
D. Ramon de la Cruz.....	1	Id.
El amor y la astucia.....	1	Id.
El barómetro.....	1	Id.
Entre el nieto y el abuelo...	1	Id.
La firmeza de un gallego ó las últimas elecciones.....	1	Id.
La petaca.....	1	Id.
La verdadera nobleza.....	1	Id.
La astucia de un andaluz...	1	Id.
Nubes.....	1	Id.
Pobres y ricos.....	1	Id.
Receta para casarse.....	1	Id.
Un hombre comprometido...	1	Id.
Un momento de locura.....	1	Id.
Una perra y un gato.....	1	Id.
Amor, honor y poder.....	3	Id.
El testamento de Acuña....	3	Id.
La astucia de un asistente..	3	Id.
La mosca blanca.....	3	Id.
Los secuestradores de Andalucía.....	3	Id.
Los dulces de la boda.....	3	Id.
Los niños grandes.....	3	Id.
Odio y amor.....	3	Id.
C de L. (Zarzuela.).....	1	L. y m.
Cuatro demonios y un cabo..	1	Id.
Chamusquina ó la Hija del petróleo.....	1	Lib
¡¡¡Palomo!!!.....	1	L. y
Tamberlik, Mario y Latorre..	1	Id.
Un sevillano en la Habana..	1	Id.
=Tocar el violon.....	1	Lib
El marino.....	2	L. y
=¡El Teatro en 1876!!.....	2	Lib
Los dragones.....	2	L. y
Justos por pecadores.....	3	Id.
Un lio entre dos castaños...		Toc
La feria de las mujeres,.....	3	Id.
La escala de la ambicion....	3	Id.
El Caballero de Gracia.....	3	Id.
=Perla. (Zarzuela.).....	1	Lib
La peluca de mi mujer.....	1	Toc
La fuerza de la conciencia...	3	Id.
Un empréstito forzoso.....	1	Id.
Agustina la cantinera.....	1	Id.
La Vírgen del Amparo.....	1	Id.
Tres al saco.....	1	Id.
Los pastores de Belen. (Ópera.)	3	L. y
Amor y caridad.....	1	Toc
Amor paternal.....	3	Id.
La tarde de Noche-buena....	3	Id.
La caja de Pandora.....	3	Id.
Los zapatos de baile.....	1	Id.
Intriga y amor.....	4	Id.

Han vuelto á estas galerías las obras del Sr. Boldun, que durante un co tiempo ha administrado *El Proscenio*, y por lo tanto nuestros comisiona se encargarán nuevamente del cobro de sus derechos.

AMOR PATERNAL.

AMOR PATERNAL,

COMEDIA ORIGINAL,

ESCRITA EN PROSA Y EN TRES ACTOS

POR

DON ANTONIO VICO Y LOPEZ.

Estrenada con grande aplauso en la noche del 5 de Diciembre de 1871, en el Teatro de Novedades de Madrid.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1872.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA MARQUESA	D.ª RITA REVILLA.
ELOISA	MARÍA RUIZ.
DOÑA BENITA	ÁNGELA GARCÍA DE SARMIENTO.
EMETERIA	DOLORES MARTIN DE MORENO.
CASILDA	JOSEFA CHAVARRÍA.
EL TIO FRANCHO	D. RAFAEL FARRO.
EL MARQUÉS	JAIME CATALÁ.
LUCIANO	JULIO FUENTES.
EDUARDO	URBANO OBON.
QUICO	NICOLÁS CATALÁN.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes hayo celebrados ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autorse reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Liricas de los *Sres Gullon e Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A MI QUERIDO AMIGO Y RESPETADO MAESTRO,

EL EMINENTE ACTOR,

SEÑOR DON JOSÉ VALERO.

Hace dos años fué usted, mi queridísimo amigo, el primero que leyó esta pobre comedia, ignorando quién era su autor. Tuvo usted la bondad de juzgarla digna de la alta honra de ser representada por usted en el Teatro Español, y con este objeto la entregó á la empresa, que no fué de la opinion de usted y quedó muerta. Cuando dí á conocer que era mia, me ofreció usted ponerla en escena donde quiera que estuviera; y yo le rogué me hiciera la honra de admitir la dedicatoria que de tan humilde produccion pensaba hacerle.

Hoy, que gracias á mi antiguo compañero y amigo el entendido cuanto modesto actor D. Rafael Farro, se ha puesto en escena en el Teatro de Novedades, alcanzando un lisongero éxito, más que por su escaso mérito, por los esfuerzos de los actores que en ella han tomado parte y por la esmerada direccion de mi amigo, me decido á ofrecer á usted esta débil muestra de lo mucho que lo respeta y quiere su sincero amigo y discípulo Q. B. S. M.

Antonio Vico y Lopez.

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/amorpaternalcome00vico

ACTO PRIMERO.

Cocina de una casa de labradores pobres. Chimenea con lumbre viva de ramaje seco en primer término izquierda. En segundo término una puerta: dos á la derecha. Gran puerta al fondo que comunica al corral y á fuera de la casa.

Sillas de madera, una mesa de pino blanca, de cruceta, con paño y restos de la cena, velon encendido y dos candiles con luz colgados de la campana de la chimenea. Instrumentos y objetos de labranza distribuidos por la habitacion, pero todo lo que constituya el movilíario extremadamente limpio y colocado convenientemente.

Al levantarse el telon están todos sentados á la mesa. En el centro el tio Francho, á su derecha Emeteria y á la derecha de ésta Casilda. Á la izquierda de Francho, Luciano y á su lado Quico. Permanecen unos momentos en actitud de rezar. Se santiguan, los tres hijos se levantan, besan la mano, primero al padre, despues á la madre. Luciano vuelve á sentarse donde estaba y Casilda y Quico se ocupan en lo que su padre les manda. Una bota de vino quedará colgada de la silla en que está sentado Francho. Todos tienen pañuelos negros al cuello en señal de luto.

ESCENA PRIMERA.

FRANCHO, EMETERIA, CASILDA, LUCIANO y QUICO.

FRANC. Ya que gracias al cielo hemos cenado y como buenos cristianos hemos rezado un padre nuestro por el alma

del pobre abuelo, vamos cada cual á cumplir con sus deberes. Tú, Casilda, que te ayude ese mostrenco á quitar la mesa y á recoger los trebejos con buen órden. Abrazad á vuestro hermano Luciano y despedíos de él, que pronto saldrá para Zaragoza á tomar el coche y escapar para Madrid. Dios le lleve con bien y haga que se cumplan sus deseos y los mios, para que algun dia lo veamos hecho un juez de la real sala, ó un diputado en toda forma, por esta provincia electo.

CASILDA. (Despues de haber quitado la mesa con su hermano Quico, se acerca á Luciano llorosa, éste se levanta y la abraza.) Maño mio. Esta Vírgen del Pilar y este Santo Cristo del Aseo los he bordado para que los lleves al cuello y te sirvan de consuelo en tus aflicciones. El señor Cura los ha bendecido, y no dudo que al dirigir tus oraciones á tan divinos protectores, alcanzarás la gracia que merecen tus virtudes y te harán recordar á tu pobre hermana Casilda... que... Adios... hermano... no puedo... (Ahogada por el llanto.)

LUC. Pero, querida Casilda...

QUICO. Já! já! já! (Entre risa y llanto.) ¡Miren qué embeleco!... ¡Qué borrica!... ¡Maña! ¿Á qué vienen esos lloriqueos? Otra que Dios!... Mira que los afliges á toos! ¡Pues! Ya madre hace pucheros tambien. ¡Voto va sanes! Padre y yo estamos tan campantes, y Lucianico lo mismo. ¡Pues claro! El chiquio, que ha estudiao esas... mecánicas... hasta encontrarse hoy hecho todo un... eso... ¿cómo se dice? Ah!... todo un bachillero, ya que Dios le ha dao cacumen, tiene ambicion de ser algo en el mundo y no un mostrenco como su abuelo y su padre, y como yo, que si bien nos conocen por honraos, tenemos fama, en cambio, de más burros que los burros mesmos.

FRANC. Quítate de ahí, alcornoque.

QUICO. La rama es siempre de la mesma madera que el tronco, padre.

FRANC. Echa el pienso á las mulas y... ¡orrio! á dormir, que en

cuanto apunte el lucero de la mañana tiés que ir á cavar la viña. Despídete de tu hermano, y al avío.

QUICO. No hay que enfurruñarse, padre. Allá voy. Maño: desque naciste que te conozco. No pués dudar del afeuto que siempre te tuve. Baste dicirte que no ha nacido un borreguico, de tantos como paren mis ovejas, que pueda dicir que lo he querido más que á tí. Siento tu ausiensia con toda mi alma, y tengo aquí drento un reconcomio que no deja explicarme... Ya sabes que esta es tu casa... Que yo soy tu hermano... que esta es Casilda, hermana tuya... y mia... y que... En fin... Los duelos con pan son ménos... Que lleves buen viaje... y... adios... Manda lo que gustes... ¡salú!

LUC. Adios, querido hermano. Pide al cielo que me proteja y ayude en mis planes, para que pueda algun dia recompensaros las privaciones que os habeis impuesto, los sacrificios que en vuestra pobreza habeis hecho, tanto padre como vosotros, para costearme una carrera con la que me es permitido aspirar á una posicion brillante. Yo te juro que si tengo la felicidad de conseguir ese bello ideal de mi vida, y para el que cuento con fuerza de voluntad y fe en el corazon, cuanto adquiera, cuanto valga, lo consagraré á vuestro descanso y felicidad.

QUICO. ¡Es mucha labia la de este chiquio! Oyéndole me quedo embelesao, y eso que no entiendo una jota de lo que dice! Pero no hay que darle vueltas, tié muchísimo cacúmen, sí señor; y cudiao, que yo me acuerdo bien de mi abuelo, aunque hace ya más de un mes que se murió. Mi padre está presente, y mi madre, y mi hermana, y yo. Si nos apalean damos billotas; toitos somos mu brutísimos, mucho; pero...

FRANC. Si no te marchas, te doy una puñá que te rompo los morros! ¡orrio! (Hace ademan de ir hácia él. Pero escapa. Luciano se interpone con Casilda.)

ESCENA II.

LOS MISMOS, excepto QUICO.

LUC. No os incomodeis, padre. Quico es obediente, y tan sencillo y bueno, que no pueden ofender sus palabras. Ya marchó y...

FRANC. Vaya con mil de á caballo. Tú, Casilda, á dormir; ya sabes que tienes que levantarte con el sol para llevar los borreguicos al prado. Buenas noches.

LUC. Adios, hermana mia; continúa tan honrada y cariñosa como hasta hoy; cuida mucho de nuestros padres ínterin yo puedo hacerlo por mí. (Se abrazan los dos hermanos, llorando. Francho los separa con acritud aparente y conduce á Casilda hasta la puerta de su cuarto, que cierra.)

FRANC. Vamos! vamos! Basta de gimoteos! (Les regaño y yo puedo apenas contenerme.) ¿Qué haces ahí tú, vieja? Vamos, despídete del hijo, pero sin lloriqueos ni tontunas. Parece que le anuncias alguna desgracia. Pues hombre, no faltaba mas! El chiquio se va, pero le lleva un buen fin, ¿no es esto, Luciano? Lo que yo digo... á qué viene?... (Solloza sin poderse contener, y por ocultar su emocion se dirige al foro.) Conque anda, anda á descansar, que el tiempo corre y yo tengo que hablar con el chiquio reservadamente, y darle los consejos de mi experiencia y bendecirlo... etcétera.

EMET. Justo; muy justo es que así lo hagas. Pero yo tengo tanto derecho como tú, que le tuve nueve meses en mis entrañas y le dí mi sangre dos años, y no me muevo de su lado hasta que se marche, por si es caso de que no vuelva á verle.

FRANC. Jesús, qué barbaridad! Pues qué, ¿piensas que el chiquio va á morirse cuando tan robusto y bueno nos lo ha dao Dios? Tú, por lo tocante á salú, eres más recia y correosa que una rama de fresno... con que... ¡Quita de ahí, burra, y no digas despropósitos...

LUC. Madre del alma, ruego á usted vaya á descansar y que se

tranquilice. Yo le ofrezco no separarme de casa hasta que la haya estrechado contra mi corazon y haya recibido las tiernas caricias con que siempre me ha distinguido la más dulce y cariñosa de las madres.

EMET. No me fio de tus ofertas. Tú pretendes que me recoja para marcharte sin despedirte, y eso no lo consiento.

ERANC. Emeteria, no seas pelmazo. Dale, tonta! Agravias al chiquio dudando de su palabra. Yo tambien te empeño la mia de que le verás ántes de marchar; pero ahora... tengo que hablarle de cosas muy sérias y...

EMET. Bien! Si me empeñais vuestra palabra, cedo y me retiro. Adios, hijo del alma. Hasta luégo.

ESCENA III.

FRANGHO, LUCIANO.

FRANC. Á Dios gracias nos han dejado solos, maño mio. ¡Qué majaderas son todas las mujeres! Pero en fin, ya que se afufaron, aprovechemos el poco tiempo que nos quede, porque el dia se nos viene encima y tendrás que emprender tu marcha. Echémonos un trago y fumemos un cigarrillo y al grano. (Le brinda tabaco al hijo y él rehusa.)

LUC. Gracias, padre... pero...

FRANC. ¿No lo gastas?

LUC. Sí señor, fumo, no quiero mentir y ménos á usted... pero en su presencia...

FRANC. ¡Bravo! Así deben ser los hombres, francos y leales hasta en lo más nimio. Dame esa mano, chiquio. El mozo que se acostumbra desde temprano, como tú, á marchar por el camino de la verdad, puede estar seguro que Dios le acompaña. Yo, no estante, que creo justo ese reparo, te autorizo á que fumes, mediante á que ahora nadie nos ve, y vamos á hablar, no como de padre á hijo, sino como dos buenos amigos. (Le ofrece nuevamente, Luciano repugna y Francho insiste hasta que Luciano accede.) Vamos! vamos! Déjate de circunloquios; á beber y á fumar.

LUC. Porque no se resienta usted...

FRANC. Buen tonto seria yo en resentirme. Tú, como me ves así tan... ganso, crees que voy á seguir con mis hijos la mesma táitica que siguió mi abuelo con mi padre y éste conmigo. Buena barbaridad seria hacerlo así á mediados del siglo en que estamos. Acá para mi calitre, saco yo la consecuencia de que el criar á los hijos con ese rigor tan.. tan rigoroso, ha de dar un resultado contrario al que apetecen los padres. Los chiquios se convierten en hipócritas y uraños. La accion más inocente y más propia de la edad, se la motejan como un crímen, y las criaturitas, es natural, se apañan á mentir y á fingir lo contrario de lo que piensan y se crian taimados como raposas. Pero vamos á lo que interesa. Tú habrás notado que, á pesar de los pocos recursos que hay en la casa, te he costeado nueve años de carrera; he procurado que te presentes en la sociedad tan bien portado como el primero...

LUC. Bien sé, amado padre de mi corazon, los sacrificios que debo á usted, á mi pobrecita madre y á mis buenos hermanos, que se han privado de toda comodidad dedicándose asíduamente á las faenas de la labranza, para invertir en mi obsequio lo que deberian haber gastado en criados y jornales...

FRANC. Por Dios, te pido que no me interrumpas. Yo sé que eres buen muchacho y que procurarás restituirnos los ochavos que se han gastado en tu carrera... y que es preciso que así lo hagas, maño mio, porque si supieras toda la responsabilidad que he arrostrado por llevar á cabo tu idea, negarias que soy tu padre.

LUC. ¿Qué dice usted, señor? Negarle yo á usted? Explíqueme, por Dios...

FNANC. Voy á explicarme, pero permite que ántes me eche un trago, porque siento vergüenza de decirte la verdad y temo me pegues un garrotazo al declarártela.

LUC. ¡Padre! ¿Se ha vuelto usted loco?

FRANC. Ni estoy borracho, ni loco. Voy á decirte la verdad.

porque es la dama que más respeto me merece en este mundo. Cuando tu tio Calisto estaba á punto de espirar, me llamó junto á su cama una noche y me dijo muy quedito lo que voy á referirte, despues de exigirme juramento de no revelar á naide el secreto. «Entrando »en el establo de los bueyes, y en el rincon de la dere- »cha, hay amontonada mucha broza y varios escombros »y cascote. Levántalo, y en el suelo, como á media vara »de hondo, encontrarás un canutero de lata que encier- »ra mil duros en oro. Son mis ahorros de treinta años »de trabajo que tengo destinados para dote de mi que- »ridisima sobrina y ahijada Casilda. Despues que yo »espire, sácalos y depositálos en una casa segura para »que produzcan algo. No reveles á naide este secreto, »pues es mi voluntad que todo el pueblo ignore que mi »Casilda cuenta con esa cantidad, á fin de evitar que la »codicien los mozos por esta circunstancia: despues que »haya elegido esposo y efectuado su enlace, le entrega- »rás este recuerdo de mi cariño, con las formalidades »que la ley exige.» No sé si fué efecto de lo que se afligió al hacerme su declaracion, ó que Dios cortó el hilo de su vida en aquel momento, lo cierto es que espiró abrazado á mi cuello. ¡Pobre hermano mio! Pasaron tres dias, fuí al sitio consabido, tomé el dinero y lo deposité como él habia dispuesto. Pero como el demonio no cesa de tentar al hombre cristiano, se ha divertido conmigo á su antojo.

LUC. En qué se funda usted para creerlo así.

FRANC. En que al ver yo tu aficion al estudio, y á ser hombre de provecho, cosa para mí tan deseada, me he olvidado de la voludtad del difunto, del juramento que le hice, de mi deber de padre respecto á mi hija Casilda, y he dispuesto de mucha parte de su dote, para atender á tu carrera, de forma que la manda está ya tan desfigurada, que aunque resucitara mi hermano, estoy seguro que no la conoceria.

LUC. ¡Padre! ¿Qué ha hecho usted? ¡Pobre hermana mia!

FRANC. ¡Pues! Ahí tié usté lo mesmo que yo temia. Dempues que he hecho el sacrificio por complacerte, saco lo que el negro del sermon! Y no es lo peor del caso lo que llevo gastado, sino que!... He girado á Madrid, á favor tuyo, el resto de los mil duros y sus réditos de ocho años, y aquí está la letra para que la cobres y la inviertas en vivir con la decencia que corresponde el tiempo que te alcance; en el entre tanto, buscaremos medios para irte procurando refuerzos aún cuando sea á costa de comer patatas los siete ú ocho años que ties que estudiar. Sí, como espero, puedes reponer la falta algun dia, hemos hecho la jugada. Si sucede lo contrario, y no puedo volver á la chiquia los ochavos, no tengo la menor duda de que al dar cuenta á Dios de esta infamia, me condene á que Lucifer haga tostones de mis huesos. Ya estás enterado. Ahora determina. He dicho.

LUC. ¡Muy léjos me hallaba de sospechar que el anhelo de usted por complacerme redundara en perjuicio de mi inocente hermana, privándola del único recurso que podia constituir algun dia la base de su felicidad. Ruego á usted que cuanto amanezca vaya á Zaragoza, retire la letra y vuelva la cantidad existente á la misma casa. Yo me procuraré en Madrid medios de subsistencia áun á costa de servir á un amo con tal que me dejen el tiempo suficiente para asistir á clase. No seré el único que se encuentre en igual caso, y confio en que Dios me dará medios de poder reintegrar muy pronto la cantidad que ha invertido usted en mí, librándolo de la responsabilidad que ha contraido y del pesar que por ella le abruma.

FRANC. ¡Pobre chiquio! ¡qué engañado estás! Sin duda crees tú que cuanto llegues á la córte vas á encontrar proteccion y donde ganar el oro á espuertas, porque eres honrado y tienes mediano cacúmen y explicacion y... Tú... tú... tú... tú!... Ya verás cómo tus ilusiones se convierten en humo. Pobre de tí y de todo el que va á Madrid confiado solo en su talento ó en sus servicios, si no le

acompaña un cinto muy bien repleto de onzas peluconas. El desgraciado que no cuenta con este poderoso elemento está en peligro de verse perdido; y fortuna tendria si no llega á envilecerse y caer hasta en el crímen, porque no hay nada en el mundo que exija más virtud en el hombre que el ver disfrutar á los demas cuando él carece de lo más indispensable para la vida.

LUC. Veo en sus argumentos, padre mio, una filosofía que me extraña. La conviccion con que se expresa no es propia del hombre que, como usted, ha vivido siempre retirado de la sociedad.

FRANC. Tú, como me has visto siempre metido en este saco burdo, me creiste privado de eso que llaman sentido comun, ¿no es esto?

LUC. No ha sido mi intencion ofender á usted negándole el criterio natural que...

FRANC. No prosigas. Voy á presentarme á tus ojos tal y como soy, y á darte razones que te convencerán de que no soy tan bruto como tú me creias.

LUC. Yo no he dicho...

FRANC. Déjame proseguir. En el año de mil ochocientos ocho era yo un mozalvete y tomé parte, como todo buen español, en la defensa de mi patria, filiándome como soldado en un regimiento de infantería. Á los pocos meses de estar sirviendo, me preporcionó Dios la feliz ocasion de salvar la vida de un teniente de mi compañía, que rodeado de seis franchutes iban á rematarlo, y con la inexperiencia de los pocos años y el temerario valor que me acompañaba, me lancé al grupo y tuve la suerte de herir á dos mortalmente, con lo que se reanimó el teniente y pusimos en fuga á los restantes. Agradecido el oficial al servicio que le habia prestado, me propuso para cabo primero, pero yo no sabia leer ni escribir. Entónces me ofreció enseñarme, jurándome que me miraria como un hermano y que jamás me separaria de su lado.

LUC. Y cumplió su promesa?

FRANC. Tanto, que á los seis meses ya sabia yo leer y escribir tan correctamente que fuí nombrado sargento segundo.

LUC. ¿En seis meses?... (Admirado.)

FRANC. Era mucho mi afan, maño mio, de salir de aquel estado de estupidez en que me habia criado. Al poco tiempo ascendí á sargento primero, y hubiera sido muy pronto oficial, porque yo tenia fama de arrojado, y mi teniente, que ya habia ascendido á capitan, me protegia de una manera decidida.

LUC. Y cuál fué el destino de tan leal amigo?

FRANC. ¡Ay, maño mio! El que tuvieron tantos millares de valientes como perecieron en aquella gloriosa lucha. En la desastrosa batalla de Ocaña le ví caer herido y prisionero sin que yo, que tambien tuve la misma desgracia, pudiera socorrerle. Nada más he sabido de él. ¡Pobre capitan mio!

LUC. ¿Y usted cayó tambien prisionero?

FRANC. No, hijo mio. Me creyeron muerto y me salvé milagrosamente. La campaña, el roce con la sociedad me dieron cierto aire militar, modales algo más finos, y se burlaban de mí llamándome el señorito. Entónces me convencí que todo hombre tiene el deber de instruirse, y que aquel que no lo hace y se mantiene en una estúpida ignorancia, es una fiera incapaz de abrigar en su corazon sentimientos humanos.

LUC. ¡Cuánto placer me causa, padre mio, oirlo discernir con tan elevado criterio! Ahora comprendo lo noble de sus aspiraciones. Bien justificados están cuantos sacrificios ha arrostrado por darme carrera.

FRANC. Sí, hijo del alma. Mi felicidad está en tus manos. La más hermosa ilusion de mi vida está satisfecha si llega el dia venturoso en que concluyas tus estudios y seas feliz, sacudiendo para siempre las cadenas de la estupidez á que estabas condenado.

LUC. Juro á usted secundar tan noble aspiracion, padre mio!

FRANC. Así lo espero. Ahora tengo que enterarte de los peligros en que puedes verte envuelto si no conservas en la me-

moria mis avisos. Madrid es la torre de Babel. En las provincias han creido que allí se atan los perros con longaniza: acuden como moscas á la miel, y la mayor parte de los hombres que van á buscar fortuna ó destino, se encuentran con la miseria y la desgracia. Esta es la razon de que abunden allí los pillos. Guárdate de dar tu amistad á ningun hombre á quien no hayas observado muy detenidamente. Mira que á la vuelta de un dado te vas á encontrar los bolsillos más limpios que dejas los mios.

LUC. Pierda usted todo cuidado; yo procuraré huir las ocasiones.

FRANC. Por lo que hace á mujeres, las encontrarás con exterior de ángel; pero te advierto que tienen entrañas de demonio. Á trueque de gastar lujo y ringorrangos, son capaces de desplumar al lucero del alba, como suele decirse. Tal vez te habré molestado con tanto hablar. ¡Ea! Ya están aquí tu madre y tu hermana. ¡Dios nos la depare buena!

ESCENA IV.

LOS ANTERIORES, EMETERIA y CASILDA, á poco QUICO, por el foro derecha.

EMET. Hijo, no he podido dormir. He sentido hablar á Quico con el tio Anastasio, que ha llegado ya con las bestias para conducirte á Zaragoza, y vengo á darte mi abrazo de despedida... Tal vez será la última vez que voy á estrecharte contra mi corazon. (Abrazada á su hijo y llorando amargamente; lo mismo hace Casilda. Francho las reprende aparentando enfado, pero en su acento entrecortado se advierte la grave emocion que le domina, y al fin rompe á llorar.)

FRANC. Me cargan estos gimoteos y estas mujeres tan impertinentes. Á... qué demonios... vienen esos lloros!... Voto va mi abuelo el tuerto!...

EMET. Sí!... riñe lo que quieras... y apenas puedes soltar la palabra...

FRANC. Otra!... Dios!... Pues claro está! si está uno oyéndoos y... pues... manque uno fuera de cal y canto... Y ¿por qué lo he de ocultar? Sí, Emeteria mia; sí, Casilda, hija mia! lo confieso... ¿Qué hombre, por duro que sea, deja que le arranquen un pedazo del corazon sin que se le despedace el alma. Ven á mis brazos, hijo de mis entrañas! Tú has sido, desde que naciste, el ángel que he adorado, la ilusion más grata de mi vida, la estrella de mi esperanza. Tu ausencia deja un enorme vacío, que sólo puede llenar la esperanza de verte feliz. Dios te bendiga y te guie por la senda de la más acrisolada virtud.

QUICO. (Que ha llegado desde que Francho empezó el razonamiento anterior, y ha estado gimoteando, dice, entrecortado por los sollozos, lo que sigue.) Ya ha venio el tio Anastasio y las bestias. Me parece, digo yo... que seria lo mejor... te largaras... al momento... ántes... que nos lleven á tóos... más demonios que pulgadas tiene... el mundo.

FRANC. Quieres callar, avestruz! Vamos, Lucianico. (Á Luciano.)

LUC. Madre, adios! (Sujeto en los brazos de ella.)

EMET. Prenda del alma querida, adios. ¡No te veré más! (Cae desmayada.)

FRANC. Socorred á la pobretica de vuestra madre. Yo despediré á Luciano.

LUC. ¡Madre mia! ¡Hermana!

CASILDA. Adios! (Abrazándose. Quico los separa y le dice á su padre.)

QUICO. Quié usté llevárselo, padre? Me la ha matao ese maldito Madre! (Dándole un grito al oido.)

CASILDA. No le grites, mostrenco!

QUICO. Pero ¿qué es lo que le ha dao?

CASILDA. ¡Un vahido! Trae un poco de agua. Pronto se le pasará, á Dios gracias.

(Quico trae un vaso con agua. Casilda la hace beber y Emeteria va reponiéndose, y llora lo mismo que sus hijos, pero en silencio y entrándose los tres por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA ÚLTIMA.

Apenas desaparecen sale por el foro el TIO FRANCHO, se coloca en el centro de la escena y dice muy conmovido las dos redondillas siguientes. Al ir á decir los dos últimos versos cae de rodillas con las manos cruzadas y la vista elevada.

¡Ya partió! ¡Dios con él vaya!
Honrado ha sido hasta hoy;
pero juro por quien soy
que mi corazon estalla
al contemplar que se ausenta
tan jóven, solo y sin guia.
Virgensica... Madre mia...
¡ten de mi buen hijo cuenta!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala; puerta al foro, que figura conducir á las oficinas inferiores de la casa por la izquierda, á la calle por la derecha; dos puertas á la derecha y dos á la izquierda: siempre que haya proporcion se pondrán las puertas laterales de vidrieras con visillos.—Un sofá en primer término á la derecha; un velador á la izquierda y butaca, sillería decente de tapicería, mesa, consola y espejo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BENITA, limpiando con un plumero los muebles; el tio FRANCHO aparece en la puerta del foro; trae manta aragonesa y alforjas que figuran estar llenas de ropas y otros objetos. Su traje es de labrador aragonés; apenas da los buenos dias viene á sentarse en el sofá.

FRANC. Alabado sea Dios.

BENITA. Por siempre.,.

FRANC. Santos y buenos dias tenga usted.

BENITA. Qué se le ofrece? ¿Á quién busca?

FRANC. Perdone usted la franqueza. (Sentándose en el sofá.) Yo soy aragonés.

BENITA. No es necesario que lo jure. (Ap.) ¡Qué bárbaro!

FRANC. ¡Pues ya!... Pero al caso... ¿Es usted el ama de la casa? Una tal doña Benita?

BENITA. Para lo que usted guste mandar.

FRANC. Muchas gracias. Pues siendo usted la que busco, me hará el favor de decirme cuál es la habitacion de don Luciano Hernandez, á quien hace un año hospedª usted.

BENITA. Su habitacion es esa, (Señala á la primera de la izquierda.) pero él no está en casa.

FRANC. ¡Otra qué Dios! ¡Pues no madruga poco! Segun eso ha salido ya de casa?

BENITA. Se equivoca usted.

FRANC. Que me equivoco? Al decir usted que no está en casa, calculo que ha salido.

BENITA. Pues muy mal calculado; porque no es que ha salido, sino que no ha vuelto desde ayer que salió á las cinco de la tarde.

FRANC. ¿Y con esa calma me lo dice usted? (Alarmado.)

BENITA. No creo que el caso sea para alterarme.

FRANC. ¡Otra qué Dios! ¡Pues no gasta usted poca flema, mujer, cuando se trata de un parroquiano que hace un año le está pagando un pupilaje decente, y al que de seguro estará usted matando de hambre.

BENITA. Oiga usted. En mi casa no se mata de hambre á ningun huesped, y en cuanto á eso de pagarme... hay mucho que hablar.

FRANC. ¡Qué!... ¿Qué ha dicho usted, mujer? Explíquese usted, por San Pedro Arbués!

BENITA. Que ese caballerito, por quien usted pregunta, no me paga hace más de dos meses, ni paga tampoco á los cien acreedores que diariamente le acosan; y que mal puede alterarme que no haya venido á recogerse á las siete de la mañana, cuando tiene por costumbre hacerlo de las diez en adelante.

FRANC. (Para sí abrumado por el pesar.) (¡Qué he oido, virgensica mia del Pilar! ¿Estaré soñando? No me atrevo á levantar los ojos de pesar y de vergüenza! ¿Qué haré, Dios mio?)

BENITA. ¡Hola! Parece que se le han calmado á usted los fieros con que venia en busca de su don Luciano?

FRANC. Y es muy natural, señora. Sus palabras de usted han

caido en mi corazon como plomo derretido.

BENITA. Á mí no me interesa nada su corazon... ni... Lo que quiero es que me pague cuanto ántes y se vaya á engañar y á entrampar á otra parte, que bastante se ha burlado ya de mí.

FRANC. ¡Por vida de Juslibol! ¡Dios me tenga de su mano! Oiga usted, tia... cócora. (Movimiento de enojo en Doña Benita.) En cuanto á pagarle, yo lo haré en el momento que el chiquio venga y declare la verdad, porque de usted no me fio; pero le prevengo que si no contiene esa lengua de víbora... ¡Voto á brios!... que no reparo en que es usted mujer y la estrello contra la tapia, y la hago medir la sala con los morros. Mire usted que soy aragonés y lo hago más pronto que lo digo. (Se pasea agitado, interin ella habla aparte.)

BENITA. (¡Ay, Dios mio! ¡Qué bárbaro! y hará lo que dice, si no cambio de tono... y si cobro mi dinerito del mal el ménos.)

FRANC. ¡Hola! parece que se le han calmado á usted los fieros, conque hablaba de Luciano, digo yo á mi vez?

BENITA. La verdad es que yo me he excedido, pero debe usted disimularme. Soy una pobre viuda: no tengo capital; y si no me pagan...

FRANC. Me conviene transigir para que me ponga en antecedentes de cuanto necesito saber. Mintamos un poco á pesar de lo que aborrezco la mentira. (Ha estado paseando muy agitado.)

BENITA. Vamos, cálmese usted. El muchacho no es tan malo como aparenta. Y si él no se hubiera creado ciertas amistades... nunca hubiera llegado al extremo de perdido en que hoy se encuentra.

FRANC. ¿Le parece á usted que pueden escucharse con calma las lindezas que me ha dicho usted de ese jóven, á quien su padre cree lleno de virtudes, y se lo encuentra hecho un perdido, lleno de trampas, y lo que es consiguiente, sin asistir á clase, ni estudiar, ni...

BENITA. Sí... sí!... Estudiar! Buenas y gordas!... ¿Pero es usted

su padre?

FRANC. Qué padre, ni qué... El chiquio se ha criado en casa... y vamos al decir... se le ha tomado cariño, y ele ahí... oigo decir que está perdido, y esto me ha puesto convulso. (Casi sollozando.) Él es hijo de mi amo, al que debo muchos beneficios... Un santo varon...

BENITA. (Interpretando la frase.) ¡Oiga! ¿conque el padre de Lucianito es baron?

FRANC. (Sin haber comprendido la equivocacion de Benita.) ¡Buena pregunta! ¿Pues quién puede ponerlo en duda? Varon y muy varon.

BENITA. ¿Quién podia adivinar? (Ap.) (Nada ménos que hijo de un baron! ahí es nada!)

FRANC. (Sin comprender aún á Benita, dice aparte, con semblante confuso.) (¿Está loca esta mujer?) Pues como iba diciendo, el amo me llamó y me dijo, dice: «Francho.» Porque yo me llamo Francho, para lo que guste usted mandarme. «Parece, dijo, que el chiquio anda un poco torcido. Madrid es el diantre para los jóvenes; dijo, dice: Francho, hombre, date una vuelta por allá, llévate ahí mil durejos en la alforja y averigua si mi Lucianico anda atrasao de intereses y proporciónale lo que le haga falta;» y yo dije, digo, pues andando: me dió el amo el dinero y aquí estamos todos. Si él hubiera escrito con franqueza al padre, no hubiera llegado este caso. ¡Qué habia de llegar! Bonitos humos tiene el padre para permitir que su hijo haga un mal papel.

BENITA. ¡Conque tan rico es el padre!

FRANC. ¿Que si es rico? ¡Otra qué Dios! No hay quien se atreva á contarle su capital. (Esta es la primera verdad que digo.)

BENITA. ¡Qué diantre de muchacho! haber arrostrado...

FRANC. Tontunas de chiquios. Pero vamos á lo que importa. Dice usted que le debe...

BENITA. Cuarenta y seis duros y seis reales de lavandera, tabaco... y... porque mire usted, cincuenta y seis dias á...

FRANC. No se incomode usted. Ahí tiene dos onzas y media, un

ochentin y un escudito de dos duros. Ahora quisiera yo que usted me hiciera tres favores.

BENITA. Aun cuando sean treinta!

FRANC. (¡Oh poder del oro!)

BENITA. Diga usted.

FRANC. Primero, una absoluta reserva de mi llegada. El chiquio es muy pundonoroso, se creeria humillado y no es bueno humillar á los muchachos. Que no sepa que yo he pagado á usted ni á los demas acreedores, de quien me dará usted noticia exacta. Segundo, que me diga usted cuanto sepa del chiquio; y tercero, que me proporcione una habitacion desde donde yo pueda verlo y observarlo sin que él lo sospeche.

BENITA. En cuanto á callar, puede estar usted seguro de que era muy difícil haber encontrado mujer más prudente y reservada...

FRANC. (Con ironía.) Ya lo he conocido, por eso...

BENITA. Y en cuanto á la habitacion que usted desea, aquí la tiene que comunica con la de él por una puerta vidriera con cortinillas por ambos lados y pestillos, y salida al corredor para que pueda usted salir y entrar sin temor de encontrarse con él.

FRANC. Bravo, señora Benita. Es usted una gran mujer. Conque vamos á ver. Usted dijo que el chiquio tenia malas compañas, y quiero que me explique...

BENITA. Lo que me hace presumir así es que Luciano era un modelo de aplicacion y de juicio los seis primeros meses. Se recogia temprano, no venia nadie á buscarlo. Su única distraccion era el ir á la Zarzuela los domingos, y pare usted de contar. ¿Quién habia de pensar que aquella distraccion tan inocente habia de ser su perdicion!

FRANC. Pues! Salió lo mismo que yo temia. Se enamoricó de alguna zarzuelera, y pataplum! se llevó el demonio...

BENITA. Qué!... No señor!

FRANC. Pues no lo entiendo...

BENITA. Me afirmo en que la zarzuela fué la causa de su extra-

vío, porque un domingo, al salir del teatro, observó que en una de las travesías que van desde la calle de Jacometrezo á la del Desengaño habia tres hombres luchando contra uno solo. El muchacho, impulsado por su noble corazon, se precipitó á favorecer al que estaba solo, y amigo, se dió tan buena maña que puso en huida á los tres infames, que resultaron ser tres ladrones que, puñal en mano, trataban de robar y asesinar al señorito Eduardo.

FRANC. ¡Bien haya la tierra que tales mozos cria! Aragonés y... basta! Y... ¿quién es ese señorito Eduardo?

BENITA. El que libertó Luciano, el amigote que le ha perdido.

FRANC. Pues le ha pagado bien el beneficio!

BENITA. Diré á usted. Eduardo es hijo de un señor muy rico, senador y marqués... y qué me sé yo cuántas cosas mas. El muchacho, calavera deshecho, como todos lo de su clase, empezó á obsequiar á Luciano para probarle su gratitud. Lo llevó á bailes, tertulias, cafés, etcétera; lo sacó de quicio y empezó á gastar lujo, y á trasnochar, y á jugar... y ¿qué habia de suceder? que el pobre se ve hoy envuelto en un laberinto de deudas y empeños que no sé cómo ha de poder salir de él.

FRANC. (Ap. y con mucho pesar.) (Pues señor, he quedado lucido!) (Á ella, fingiendo serenidad.) Ya verá usted cómo sale de todo pronto y bien.

BENITA. Ya lo creo! Con muchas peluconas como estas... (Sonándolas con gozo.) Pero calle... Ya los siento en la escalera; viene con Eduardo.

FRANC. Pues pronto. Yo á mi emboscada, y usted á callar como una muerta.

BENITA. Bien puede usted confiar...

ESCENA II.

Despues que se ha ocultado Francho salen por el foro EDUARDO y LUCIANO. DOÑA BENITA permanece un momento en la escena, limpiando los muebles con un plumero, y entra en el cuarto primero de la izquierda, saludándolos con mucho agrado.

LUC. Dios mio! Ya pareció aquello. Temprano me avanza hoy la leona.

EDUAR. No tienes ya por qué apurarte; págale, supuesto que tenemos oro, y ya verás qué metamórfosis experimentas en su trato.

LUC. Imposible. ¿Cómo he de disponer de un dinero que no es mio? Chist. Calla! (Viendo á Benita que sale del cuarto.)

ESCENA III.

LOS MISMOS y DOÑA BENITA.

BENITA. (Hablándoles con mucha amabilidad.) ¡Ea! Ya tienen ustedes las camas listas para descansar, que bien lo necesitan, segun dejan ver esos semblantes. Ahora haré traerles el chocolate y un vasito de leche y á descansar. (Luciano y Eduardo ee miran atónitos al oir el tono cariñoso de Doña Benita.)

LUC. Muchas gracias, doña Benita. Agradezco á usted mucho su atencion, y no sé cómo recompensar... pero hoy mismo liquidaré con usted y la gratificaré por el tiempo que me ha esperado con tanta bondad...

EDUAR. Armándote un pronunciamiento cada minuto.

BENITA. Mire usted, señorito Luciano, por mí no tenga usted que apurarse. Lo que interesa es que se quite usted de encima ese enjambre de acreedores, que no le dejan vivir. Yo puedo aguardar, á Dios gracias; y como tengo la seguridad de que ha de cumplir usted como corresponde á su elevada clase, maldita la prisa que tengo en cobrar.

LUC. (Sin poder explicarse.) ¿Mi elevada clase?...

BENITA. Entre el cielo y la tierra no hay nada oculto, señor baron!

LUC. Yo baron! } (Á un tiempo.)
EDUAR. Tú baron! }

LUC. Pero, señora, quiere usted explicarme?...

BENITA. ¿Quién, yo? ¡Está usted fresco! facilillo seria arrancarme á mí una palabra! Cuando á mí se me encarga un secreto, como si cayera en un pozo. En boca cerrada...

LUC. Pero...

BENITA. No entran moscas. Vaya! vaya, á descansar, señor baron, á descansar...

ESCENA IV.

LUCIANO, EDUARDO.

EDUAR. Señor baron! (Con risa y algazara.) ¡Qué callado nos tenias que eras título de Castilla!

LUC. Si no fuera tan aflictiva mi situacion habia causa para reir con la sandez de esa mujer. ¿De dónde nació ese error?

EDUAR. Pero, chico, ¿no has reparado en los ojos de doña Benita?

LUC. No: ¿por qué me lo preguntas?

EDUAR. Porque se conoce que ha tomado la mañana y tiene una chispa sentimental que da gozo.

LUC. No disparates. Pero no sé á qué atribuir semejante error. Me pierdo en conjeturas... Dejemos al tiempo que aclare este logogrifo y hablemos de lo que nos interesa.

EDUAR. Ah, sí! de tus pueriles escrúpulos.

LUC. Tienes valor de llamar puerilidad á mi justo reparo en disponer de un dinero que no es mio? Lo contrario seria un abuso de confianza, un robo.

EDUAR. Pero ven acá, condenado. El robo no lo has consumado ya? ¿No has substraido de los bolsillos de Leopoldo cincuenta onzas que habia ganado?

LUC. Así es en efecto. Pero lo he hecho para guardarlas

y evitar que se las robaran en aquella casa inmunda, aprovechándose de la horrible borrachera que le tenia aletargado.

EDUAR. ¡Vamos, que tú tampoco lo escupes, hijo mio.

LUC. Yo sé contenerme y jamás llego al estado de quedarme hecho un cadáver como tú y Leopoldo por espacio de ocho ó diez horas.

EDUAR. Es verdad, á nosotros nos narcotizan los licores, á tí no. En tí producen una especie de hidrofobia con la que comprometes á todo el que se halla á tu lado. Embistes con todo cuanto encuentras. No respetas autoridad. Apaleas á los serenos... Acuérdate de la nochecita de marras que pasaste en la casilla de vigilancia, y gracias á que teniamos dinero y pudimos componer el asunto, que era algo feo.

LUC. Es cierto, chico. Por eso me contengo muchas veces. No extraño que me produzcan tan mal efecto las bebidas espirituosas. Como no las habia probado jamás...

EDUAR. En efecto: cuando te conocí eras el jóven más insulso y pacato... Pero, amigo, en ménos de seis meses te has hecho el más desenfrenado calavera de Madrid, pero el más hipócrita.

LUC. Yo hipócrita?

EDUAR. Sí, hipócrita, y á la prueba me remito. Hace dos horas viniste á buscarme ébrio de alegría diciéndome: «Somos felices, tenemos cincuenta onzas!» y me contaste la ocurrencia. La prueba de que cuando te apoderaste de ese dinero no tuviste intencion de devolverlo, está en que me invitaste á que fuesemos á la timba. Jugaste y perdiste, y no corrieron las cincuenta onzas porque yo me interpuse é hice aquella buena jugada, arrancándote por fuerza del tapete. Cuenta lo que tienes en el bolsíllo y verás cómo falta mucho de aquel dinero; luégo queda probado que la restitucion es ya imposible y que jamás pensaste en ella.

LUC. Y que seria una primada, ¿no es cierto, Eduardo? Leopoldo no puede haberme sentido. Estaba hecho un

tronco. Despertará; se verá en aquel lupanal en que se empeñó en entrar; sospechará que le han robado allí; armará un tiberio, pero jamás podrá sospechar de nosotros.

EDUAR. Lo ves, bribon? Me alegro que pienses con juicio. Nada, chico, paguemos primero á la patrona, por si continúa la bronca con mi señor padre y no tenemos el recurso de sacar de mi casa aquellas moneditas que yo sustraigo con tanta habilidad. Atendamos al sastre, zapatero, fondista, al usurero don Dimas, y sobre todo á los dos cofres de ropa y los relojes que tenemos empeñados.

LUC. Echa! Echa! Pues no recetas tú poco! Cómo ha de alcanzar para tanto, si ascienden hoy nuestros créditos á cuarenta mil reales?

EDUAR. Y contraidos en lo que va de mes!...

LUC. ¡Y estamos á catorce!

EDUAR. ¡Qué horror!

LUC. Tengo un plan.

EDUAR. Habla.

LUC. Vamos ahora á dormir, y cuando despertemos allá á las dos ó las cuatro de la tarde, te lo comunicaré.

EDUAR. Eres un sabio. Caeremos en la cama como piedra en pozo; llevamos tres noches de órdago.

LUC. Á la cama!

EDUAR. Pase vuecencia, señor baron.

LUC. Gracias, señor marqués. (Entran en el primer cuarto izquierda.)

ESCENA V.

El tio FRANCHO, por la segunda puerta izquierda.

FRANC. Por qué no has dispuesto, Dios mio, de esta miserable vida que arrastro, ántes de herir mi pobre corazon con un golpe tan tremendo! ¡Sesenta años de afanes y trabajos por conservar pura la honradez, único tesoro que heredé de mis padres, para que en un momento la haya destrozado ese vil hijo, obligándome con su infame con-

ducta á ocultar mi rostro enrojecido de vergüenza. ¿Mi hijo borracho desenfrenado? ¿Luciano jugador? ¿Aquel niño tan hermoso, tan aplicado, que era el orgullo y la delicia de sus padres, convertido en un miserable ladron!! (Estas palabras las dice muy bajo revelando el temor de que se sepa.) ¡¡Ábrete, tierra, y confúndeme en lo más oculto de tus entrañas, pero confúndelo tambien á él para evitarle el horroroso fin que le amenaza! ¡Ladron mi hijo!... Tan agudo pesar acabará con mi vida! (Cae desolado en llanto en un sillon. Pausa.)

ESCENA VI.

El TIO FRANCHO, la MARQUESA, ELOtSA y DOÑA BENITA, puerta foro. El tio Francho no las siente llegar por haber quedado sumido en su pesar, y va reponiéndose paulatinamente llamándole la atencion el diálogo de los demas personajes.

BENITA. Pase usted, señora Marquesa, sin el menor recelo de que pueda oirla don Eduardo, porque hace ya rato que se acostó, y no lo despierta ni un terremoto hasta las tres ó las cuatro de la tarde. ¡Qué vida, Dios mio! ¡Qué vida!

MARQ. Absténgase usted, buena mujer, de hacer comentarios sobre el proceder de mi hijo. Pertenece á la clase más elevada de la sociedad, y es dueño de obrar como le parezca. (Con mucha altanería.)

BENITA. Perdone usted, señora Marquesa, no ha sido mi ánimo...

MARQ. Advierto á usted que tengo tratamiento de excelencia y mi hijo el de señoría, porque es caballero comendador de la distinguida Órden de Cárlos tercero.

FRANC. (Quién será esta señora tan encopetada y con un lenguaje tan alto de talle?)

BENITA. Está bien, excelentísima señora... yo ignoraba...

MARQ. Bien... bien!... Á otra cosa. Dice usted que mi hijo no se separa un momento de ese amigote de nuevo cuño...

de ese estudianton llamado Luciano, que le ha perdido...

FRANC. (Pues hablan de mi hijo, oigamos.)

BENITA. Ese Luciano es tambien persona de distincion, es hijo de un baron muy rico...

ELOISA. ¿Qué dice usted? Luciano es hijo de un baron?

MARQ. Qué nos importa que sea hijo de el príncipe de Alencastre... Esta mujer está loca. Buena baronía te dé Dios!

BENITA. Señora, yo no estoy loca. Ahí está el criado de confianza del señor baron, que es el que me ha pagado los atrasos que tenia el señorito y me ha dado noticia de todo. (Siguen hablando: Doña Benita y la Marquesa; está sentada en el sofá, y la Benita á su lado de pie, á fin de que no vea aquella que Eloisa habla con Francho.)

FRANC. (Esta mujer es el demonio. Va á armar un enredo con su maldita manía de hablar, que no lo va á poder desenredar luégo el más pintado; pero me conviene callar hasta ver en qué para esta tramoya.)

ELOISA. (Ap.) (Qué idea llevaria Luciano al decirme que era hijo de un pobre labrador y encomiar los sacrificios de su familia por darle carrera... ¡no calculo!... Pero sea, como quiera nunca está de más mi carta. Aprovecharé la ocasion de estar aquí el criado y se la daré para que llegue á sus manos.) (Se acerca á Francho y hablan en voz baja, demostrando recelo de que lo vea la Marquesa.)

MARQ. Por lo dicho, puede usted haberse convencido de que mi hijo no ha hecho otra cosa que cuatro majaderías propias de su elevada posicion y de su corta edad. Pero su papá, que es una fiera, se ha propuesto castigarlo de la misma manera que si fuera un chico del pueblo, y el pobre niño se ha visto obligado á escapar de su casa. Estos disgustos acabarán con mi vida. Veinte dias hace que no sabia de él, y como los lacayos y toda mi servidumbre están apercibidos por mi señor esposo, para que me espien y le avisen si yo me comunico con mi hijo, tengo que andar con cien ojos. Anoche supe feliz-

mente donde estaba, y hoy á riesgo de ser descubierta, vengo para proporcionarle socorros y... (Siguen hablando.)

FRANC. Pero, señorita, cree usted que yo por más que sea criado de ese jóven, puedo ocuparme en asuntos de esta naturaleza?

ELOISA. Yo le aseguro que no es mi ánimo encargarle de una mision agena á la honradez que tiene usted pintada en su semblante. Esta esquela no tiene el objeto que usted le atribuye. Su contenido puede ser muy provechoso á Luciano, si Dios oye mis ruegos! (Casi enternecida.) Suplico á usted, por el amor de sus hijos, si los tiene, deponga todo recelo y se encargue de que llegue á manos de Luciano esta carta. Por Dios, amigo mio! (Llorando.)

FRANC. Bien, señorita; no llore usted, ofrezco entregársela, pero en cuanto á recibir por ello retribucion...

ELOISA. Gracias, gracias. Comprendo que he agraviado á usted con ofrecerle... pero espero que me perdone... (De pronto le hace señas Francho de que calle, porque ve que la Marquesa se ha levantado.)

BENITA. Puede vuecencia retirarse en la confianza que nada hará falta á su señoría el señor comendador, y que no saldrá de mi boca el secreto que vuecencia me deja recomendado. Cuando á mí se me encarga la reserva, soy capaz...

FRANC. (De comprometer al lucero del alba. Te daria una puñada en esos morros!)

MARQ. No lo perderá usted si obra conforme á mis instrucciones.

BENITA. Vuecencia se convencerá...

MARQ. Adios; vamos, Eloisa.

ELOISA. Cuando usted guste, mamá. (Se retiran las tres por el foro, y Eloisa la última haciendo señas de inteligencia á Francho, que él corresponde dándole seguridad de cumplir el ensayo.)

ESCENA VII.

FRANCHO, teniendo en la mano la carta que le habrá entregado ELOISA.

FRANC. Pues, señor, la madeja se va enredando, y sabe Dios cómo saldré de este conjunto de pesares en que me va envolviendo ese desventurado hijo. Pero no perdamos de vista lo principal. Procuraré ántes de todo averiguar el paradero de ese Leopoldo, le entregaré las cincuenta onzas y le convenceré de que se las tomaron para evitar que se las robasen... ¡Dios mio! ¡Qué vergüenza!... Evitaré á lo ménos por hoy, el resultado que podia traer tan infame accion! Pero, ¿cómo averiguar?... Si doña Benita supiera?... Y he de fiarme de ella?... No hay más medio; probaré... (Llama al cordon de la campanilla.)

ESCENA VIII.

EL TIO FRANCHO, DOÑA BENITA.

BENITA. ¿Ha llamado usted?

FRANC. Sí señora. Usted conoce á un tal Leopoldo, amigo de esos dos señoritos?

BENITA. Ya lo creo! Milagro que hoy no haya venido con los señoritos. Si son uña y carne como suele...

FRANC. Calle usted con mil demonios! (Furioso.)

BENITA. Jesús!

FRANC. ¿Sabe usted dónde vive?

BENITA. Sí señor.

FRANC. Pues ahora mismo va usted á su casa, y si está en ella, le entregará una carta que voy á darle. No hable usted de baron ni de marqués. Sino simplemente entregarle la carta. No haga referencia tampoco de mí, y tenga entendido, que si arma usted otro enredo, la estrello los morros contra la tapia. Voy por la carta.

ESCENA IX.

DOÑA BENITA.

¡Jesús, qué hombre tan bruto! ¿De qué enredo habla? Pues yo, pobre de mí, puedo haber sido más prudente y reservada? Vamos!... Todo lo que hoy me sucede es raro, y promueve mi curiosidad hasta el punto de tenerme fuera de quicio!... Pues digo... ¡La señora Marquesa!... Vaya unos humos!... Pero muy generosa, eso sí. Entre ella y el cernícalo este, me han dado lo bastante para recompensarme con usura... Ya está aquí el cafre...

ESCENA X.

DOÑA BENITA, FRANCHO, con una carta en la mano.

FRANC. Aquí tiene usted la carta. Si Leopoldo no está en casa, deja encargado que le digan venga acá cuanto ántes, y en el momento que llegue aquí, me avisa usted sin dejarle pasar ni que hable con los señores. Del exacto cumplimiento de este encargo depende su vida de usted. Ahora obre usted como quiera.

BENITA. Pero hombre...

FRANC. Ni una palabra, ó la estrello...

BENITA. Este hombre no hace más que estrellar... ¡Qué acémila! (Yéndose.) Si no fuera porque paga!...

ESCENA XI.

FRANCHO.

Dios haga que llegue á tiempo. Vamos ahora á enterarnos de lo que dice esta niña en su carta. ¡Al cabo de mis años, verme convertido en criado de mi mismo hijo y encargado de cartitas!... Vamos, si hoy no me vuelvo loco!... (Abriendo la carta y leyendo.) «Querido amigo Lu-»ciano: Muy repugnante es para mí la confesion que

»voy á hacerle; pero discúlpeme al ménos la buena »intencion que me impele.» Anda! Anda! Lo mismo que me temia. Declaracion tenemos! «Mi hermano »Eduardo es un desenfrenado calavera, cuya amistad »pierde á usted si no la abandona en el momento.» ¿Qué he leido? «Sus calaveradas no arruinan á nadie, porque »tiene una fortuna de que disponer. El imprudente »amor que mi mamá le profesa lo ha precipitado, pero »mi papá pondrá un correctivo á sus desórdenes y »concluirán estos sin dejar rastro detrás de sí. Pero »las imprudencias en que usted ha incurrido por él, »destruyen las esperanzas de su honrada familia, que »se ha sacrificado para proporcionarle una carrera bri- »llante. La miseria y el pesar en que va usted á sumir »á sus desgraciados padres podrá conducirlos al sepul- »cro. Si no quiere usted llevar sobre su frente al horrible »crímen de parricida, vuelva usted de nuevo á la »senda que se habia trazado. Hay un medio para conse- »guirlo. Mi papá ignora el que usted salvó la vida de »mi hermano. Autoríceme usted á que yo le informe »del servicio que le debemos y de las fatales conse- »cuencias que le ha ocasionado su generoso proceder. »Mi papá, aun cuando de un carácter impetuoso, tiene »una alma noble, generosa y agradecida, y se apre- »surará á subsanar los perjuicios que le ha irrogado á »usted el conocimiento de mi hermano. En nombre de »la amistad más desinteresada, le ruego acceda á la sú- »plica que le hace su consecuente y afligida amiga, »Eloisa.» En esta bendita criatura veo el ángel salvador de mi Luciano. Dios me inspire los medios más convenientes para utilizar con acierto tan feliz coyuntura. ¿Qué escándalo será este? Algun acreedor, tal vez; Dios me saque con bien de tanto laberinto.

ESCENA XII.

FRANCHO, el GENERAL y DOÑA BENITA.

BENITA. Repito á usted que el baroncito y el señor comendador están descansando, y tengo órden expresa de sus señorías de no incomodarlos por nadie ni para nadie.

GEN. Y yo le mando á usted que me diga dónde están *sus excelencias*, porque vengo dispuesto á romperles las costillas á palos, á pesar de la baronía del uno y de la encomienda del otro.

FRANC. (¿Qué será esto? Será Leopoldo? no; este hombre es muy viejo para ser calavera.)

BENITA. Pero con qué derecho pretende usted?...

GEN. Con el derecho de padre, ¿le parece á usted poco?

FRANC. (Hola! es el señor marqués, padre de don Eduardo.)

BENITA. Ah! Conque tambien usía ha venido de Zaragoza, señor baron? (Á Francho.) Como nada me habia usted dicho...

GEN. ¿Qué demonios dice esta mujer?

FRANC. Á Zaragoza debia usted ir para que la encerraran en una jaula, no por loca, sino por bachillera y charlantina y estúpida. No conoce usted que este caballero es el padre de don Eduardo?

GEN. Por mi desgracia.

BENITA. Ah! perdone vuecencia, señor marqués.

GEN. Deje usted tratamientos necios. Yo no soy aquí marqués, ni conde, ni baron; soy un padre que tiene la desgracia de habérselas con un hijo indigno, á quien busco para tratarle como merece. ¡Voto á un cañon! Me consta que su imprudente madre ha estado aquí hace un rato para socorrerle y alentarle en sus desórdenes, y cuando vengo á evitarlo se atreve usted á negarme lo que sé y á ponerme obstáculos para que lo castigue como merece, lo mismo que al otro bribon que le acompaña... Vive Dios que han de acordarse de mí!

FRANC. Usted puede jurar cuanto le diere gana y romper los morros de una puñada á su hijo, si le acomoda; pero

debo advertir á usted que le niego todo derecho respecto del amigo que le acompaña, porque aquel... aquel... es harina de otro costal.

GEN. ¡Hombre!... ¿Está usted loco? ¿Con qué derecho me interpela usted en esa forma tan brusca? Quién le autoriza á mezclarse en mis asuntos?

FRANC. Los asuntos de usted no me importan un comino, así como los mios no deben importar á usted un rábano.

GEN. Busque usted quien le entienda.

BENITA. Es el mayordomo del señor baron, del que usted llama amigo de su señor hijo.

FRANC. Doña Benita... ó doña... energúmena, calle usted con dos mil de á caballo. Vaya usted á cumplir mi encargo y déjenos en paz.

BENITA. (Jesús! qué hombre tan bruto!) (Se marcha empujada por Francho.)

GEN. Pero de qué baron es usted mayordomo?

FRANC. Señor marqués, la bestialidad de esa mujer ha dado lugar á una equivocacion ridícula, haciendo creer que el chiquio Luciano es hijo de un baron; pero no hay tal baronía. Es hijo de un pobre diablo que cometió la barbaridad de mandarlo á Madrid para que estudiara leyes sin tutor que le vigilara; y aunque el chiquio se portó bien al principio, tuvo la desgracia de conocer al hijo de usted, y desde aquel momento concluyeron los estudios y se dedicaron los dos á cometer barbaridades que nos costarán á usted y á mí muchos miles de reales, alguna que otra sangría, y tener que refrescar seis años para librarnos de la irritacion que nos hacen tomar ese par de malos engendros.

GEN. Pero ¿usted es padre de ese muchacho?

FRANC. Por mis pecados, sí señor.

GEN. Yo los meteré en cintura. Voto á brios!

FRANC. Repito que meta usted al suyo en cintura ó en presidio, como quiera; pero al mio... se guardará usted muy bien de disponer nada respecto á él.

GEN. ¿Usted ignora quién soy?

FRANC. Nada me importa lo que sea. Yo soy padre de mi hijo, y ni al rey concedo los derechos que Dios y la naturaleza me han dado sobre él.

GEN. Es usted demasiado humilde para tener tanto orgullo.

FRANC. Yo no soy humilde. Soy pobre, pero tengo el carácter que da la honradez, y el sentido natural para hacerme respetar de los demas hombres por elevada que sea su categoría.

GEN. Me amenaza usted?

FRANC. Tengamos la fiesta en paz, señor marqués. Yo no amenazo á nadie; si usted tiene el genio arrebatado no es culpa mia. Veo que usted trata de corregir á mi hijo, y yo me opongo, como es natural; usted tiene proyectado romperle al suyo las costillas. ¡Buen provecho! Yo no quiero romperle al mio nada, porque me costaria muy caro el remendarlo despues. Por lo tanto, yo tomaré el camino que mejor me parezca.

GEN. Sí, sí: trátele usted con suavidad, que el ángel lo merece. Segun los informes de mi mujer, el tal jóven es una alhaja capaz de perder un reino. Desde que mi hijo le conoció no ha sido posible sacarlo del caos en que lo ha metido, y quiere usted que no intervenga...

FRANC. La sangre se me corrompe al oir que la señora de usted lleve su ingratitud hasta el extremo de desacreditar al jóven valiente, noble y generoso que la evitó el pesar de ver á su hijo asesinado, no hace seis meses aún.

GEN. ¿Qué dice usted, buen hombre? Qué misterio encierran sus palabras? Explíqueme... Voto á mil bombas!

FRANC. Ese carácter... ese modo de jurar!... su fisonomía!

GEN. Qué mira usted, hombre?

FRANC. Dispénseme usted una pregunta. Ha servido usted en el ejército?

GEN. La friolera de cincuenta años.

FRANC. Entónces hizo usted la campaña de la Independencia.

GEN. Toda, hasta que fuí prisionero en Ocaña.

FRANC. ¡Dios mio!... ¿Es un sueño? (Lo mira con estupidez.)

GEN. Acabemos; respóndame de una vez y llame pronto á

esos demonios de niños ó arde la casa como me llamo Antonio Lopez de Adrian.

FRANC. (Él es!)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, LUCIANO y EDUARDO, que salen por la puerta primera en batas y adormilados.

LUC. ¿Qué demonios de bulla hay en esta casa?

EDUAR. ¡Mi padre! ¡Me perdí!

GEN. Ah! infame! Ya caiste en mis manos! (Va hácia él; Francho se interpone.)

FRANC. Calma, mi capitan. Yo le protejo!

LUC. Padre mio! Perdon! (Cae á sus pies.)

GEN. Con qué derecho se interpone usted entre mi hijo y yo?

FRANC. Con el que me da la Providencia, que sin duda para velar por usted y por los suyos me puso siempre en su camino como su ángel tutelar.

GEN. Explíquese usted claramente ó creeré que está loco! Pero... sus preguntas... llamarme su capitan. ¿Quién es usted, buen hombre, que hace latir mi corazon con tanta vehemencia?

FRANC. Este pobre hijo á quien ve humillado á mis piés, libró á su hijo de usted, hace seis meses, del furor de tres asesinos que le tenian acorralado para robarle y asesinarle.

GEN. Pero eso es cierto?

FRANC. Tan cierto como puede usted estar de que el dia veinte de Junio de mil ochocientos ocho, en un encuentro que tuvo con los franceses, hubiera sucumbido si no se hubiera interpuesto un mozo aragonés que le servia de asistente y que se llamaba...

GEN. Francho Hernandez. (En tono de pasar lista.)

FRANC. Presente, mi capitan. (En el mismo tono cuadrándose.)

GEN. Ven á mis brazos, pobre viejo.

FRANC. Con toda el alma, mi capitan. (Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete particular del General Lopez.—Alfombra, mesa de despacho, grandes cortinas de damasco, muebles muy elegantes, chimenea primer término izquierda; en segundo término una puerta, otra al foro y otra á la derecha segundo término; al mismo lado ventana que figura dar á un jardin. Varias armas muy buenas colocadas simétricamente á los dos lados de la puerta del foro.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen sentados el GENERAL en su sillon, el tio FRANCHO á su lado en un sofá que habrá junto á la mesa contra la tapia.

GEN. He querido que nos traslademos á mi despacho para que tratemos con libertad del grave asunto que nos ocupa. Asuntos domésticos deben quedar en el seno de la familia. Aquella casa es al fin una hospedería, y por más que tengamos causa suficiente para romper el bautismo á nuestros hijos, hagámoslo á solas y despues de convenir tú y yo lo que vamos á hacer de ese par de fieras.

FRANC. Está muy bien dispuesto el habernos venido aquí los chicos y nosotros; y si yo merezco á vuecencia alguna confianza, le suplico me permita dirigir la operacion, y si mi plan no da el resultado más satisfactorio, entónces puede vuecencia obrar como le acomode.

GEN. Desde luégo te autorizo para que desarrolles tu plan de campaña, y yo seré un autómata hasta que me confieses tu impotencia en el negocio, y entónces verás qué pronto lo arreglo yo. Vamos ahora á ocuparnos del placer con que te he estrechado en mis brazos, mi querido Francho, al cabo de treinta y ocho ó cuarenta años. Creernos muertos hace tan larga fecha y encontrarnos en este miserable mundo hechos dos momias inútiles. Más vale que haya sido así. Al cabo todavía nos sostenemos en pie y podremos pasar algunos buenos ratos recordando tiempos más felices, en que no teniamos tantos años, ni esos demonios de mujeres é hijos, que son la calamidad del hombre.

FRANC. No estamos conformes, mi General. Yo creo que el hombre, sin esa que vuecencia llama calamidad, seria el ser más desgraciado de la tierra. Muchos pesares ocasionan los hijos, es verdad, ¿pero hay algo en el mundo que dulcifique las penas como ese amor entrañable que á ellos consagramos?...

GEN. Y que merecen sin duda. Traslado á los nuestros que son el par de engendros más bellos... Valientes bribones!!

FRANC. Vuecencia está ahora irritado y no es ocasion de que hablemos de los chiquios. Doblemos la hoja. ¿Cómo escapó vuecencia de la desgraciada batalla de Ocaña, y en la que yo le creí que habia sucumbido?

GEN. Fuí herido con efecto, como tú viste. Mi herida fué en este brazo, (Señala al izquierdo.) y aunque perdí mucha sangre, soporté con las mayores penalidades las forzadas marchas con que los enemigos nos llevaron hasta el Norte de Francia. Hecha la paz me llevó el destino á desembarcar en Cádiz, en momentos en que se disponia una expedicion para América, á la que me destinaron con el empleo de teniente coronel, y allí estuve siete años. Volví á Cádiz, ya coronel, en el año de mil ochocientos veinte; tomé parte en la revolucion, y durante el sitio de Cádiz tuve la desgracia de enamorarme de

ese sargento de dragones que Dios me ha dado por mujer. (Mudando de tono y con satisfaccion.) Era una arrogante moza y con un gancho como es proverbial en aquellas sirenas; me trajo un milloncejo y con otro escaso que me legó mi padre, conseguí formarme una posicion decente. El año veintitres emigré á Lóndres, donde me dediqué al comercio, y cuando regresé el año treinta y cuatro, se presentó la guerra de los siete años. Mi aficion á las armas, y el amor á la independencia de mi patria, me hicieron desnudar nuevamente mi tizona. Con dos ó tres heridas y algunas acciones en que me protegió la suerte, corrí los grados hasta el de teniente general. Me confiaron el mando de Filipinas, en el que gané honra y provecho. Este movimiento contínuo y el convencimiento en que estaba de tu muerte, pues pocos momentos ántes de caer prisionero, te ví envuelto por un grupo de caballería enemiga, me hicieron juzgar inútil toda averiguacion sobre tu suerte.

FRANC. Con efecto, aquellos malditos me dejaron por muerto; pero la Providencia me tenia reservados mayores trabajos y me salvó milagrosamente. Escribí varias veces al señor padre de vuecencia, pero supe que habia muerto y nada pude averiguar. Esto me convenció de que habia sido vuecencia una de las muchas víctimas que fueron allí sacrificadas.

GEN. Te repito que suprimas el tratamiento. Yo no soy para tí más que tu antiguo capitan, y tú para mí el noble amigo á quien debo la vida.

FRANC. Admito con satisfaccion la confianza con que me honra usted, mi querido capitan.

ESCENA II.

LOS MISMOS, la MARQUESA y ELOISA, por la puerta de la derecha.

MARQ. General, quiere usted decirme qué derecho le asiste para obrar de un modo tan inconveniente y cruel con ese inocente jóven y con esta desgraciada madre, víctí-

mas de ese carácter de fiera que á usted adorna?

GEN. Señora, ruego á usted nos deje en paz. La inconveniencia es de usted, que por un cariño imprudente hácia su hijo, ha hecho de él un mónstruo de vicios, en vez de haberlo dedicado á una carrera honrosa, ya que mis deberes me han impedido el hacerlo por mí. Y hoy, que puedo poner un correctivo á sus desórdenes y pretendo hacerle entrar en la senda del deber, se opone usted á un deseo tan justo y pretende que le abandone en el camino de perdicion que ha emprendido.

MARQ. No existe semejante perdicion. Yo creo que el hijo de una de las primeras familias de la córte debe brillar en la sociedad y ocupar el rango digno de su clase. ¡Carrera! Lo haremos estudiar medicina para que sea pegaparches! Tiene doce mil duros de renta, es marqués del Álamo, comendador de Cárlos tercero, y muy pronto será gentilhombre, y no necesita estudiar.

GEN. ¡Vamos! Va usted á obligarme á que me olvide de toda consideracion, y ¡voto á brios! que si me pone en el disparadero va á oir cosas que ni quiero ni debo decir, y daremos un espectáculo muy poco agradable.

FRANC. Calma, mi General. La señora merece consideracion por más que su carácter....

MARQ. Oiga usted, buen hombre, ¿quién autoriza á usted para juzgarme y mezclarse en los asuntos de mi casa?

FRANC. El cariño que tengo á su casa, á todos los de su familia y aun á usted misma, por más que no lo merezca.

MARQ. Usted tiene la culpa, señor General, de que este miserable labriego me falte al respeto y no me dé el tratamiento que me corresponde. ¡Muchas gracias! Ahí tiene usted el inconveniente de dar confianzas á quien abusa de ellas por su estúpida ignorancia.

GEN. Señora, no olvide usted que bajo ese rudo exterior late un corazon lleno de nobleza, y á cuyo valor debe usted hoy el rango que ocupa. Todo cuanto haga en su obsequio será poco para recompensar los beneficios que le debemos.

MARQ. Yo no me opongo á que usted recompense su servicio con cuanta latitud crea justo, pero darle tan directa participacion en nuestros asuntos lo hallo inconveniente. Y en cuanto á la amistad de mi hijo y el de este hombre, me opondré con toda mi influencia á que continúe, porque esa funesta amistad es la que ha perdido á mi hijo.

FRANC. Mentira!

MARQ. ¡Cómo!

GEN. ¡Francho!... ¿Qué has pronunciado? Es mi señora!

FRANC. Perdone vuecencia, mi General! Perdone vuecencia, señora Marquesa. Yo, aun cuando soy muy bruto, amo mucho la verdad, y no pude contenerme al oir decir á vuecencia lo contrario de lo que ha sucedido. Mi hijo era honrado, estudioso y modesto, ántes de haber salvado la vida del señor comendador. Su señoría, agradecido á aquel servicio, hizo saborear á mi pobre hijo placeres que no habia gustado, y la inexperiencia le condujo al caos en que hoy se encuentra. Yo ofrezco á vuecencia, bajo palabra de hombre honrado, que mi hijo no se acompañará más con el de vuecencia, bajo pena de que le rompa los morros de una puñada si vuelve á mirarlo tan siquiera. Demasiado convencido estoy de que la condicion de mi hijo es muy humilde para hombrearse con un jóven de tantas campanillas.

GEN. El separar á los dos jóvenes corre de mi cuenta. Mi comendador irá seis años á servir como oficial en el ejército de Filipinas, cuyo despacho tengo en el bolsillo, y dé gracias á que no le mando de soldado al fijo de Ceuta por decoro á mi persona.

MARQ. Pero, General, ¿cómo tiene usted corazon para alejar de sí al único varon que tenemos y exponerlo á los peligros del viaje y de un país tan insalubre. No, por Dios, Antonio mio; tú no me darás un pesar que acabará con mi vida. (Llorando amargamente.)

GEN. ¿Qué te parece, Francho? La sola idea de que pueda mandar al hijo á Filipinas la aterra hasta el extremo de

abandonar ese carácter de hierro con que siempre me trata, y se ha dulcificado hasta decirme: «Antonio mio.» Pues ahí donde la ves, no derramó una lágrima cuando yo me fuí por el mismo peligroso camino. ¡Tal es el amor que me profesa! ¿Y hay hombre que ame á una mujer?

MARQ. Tienes valor de decir?...

ELOISA. Papá, dispénseme usted que le contradiga; pero yo he visto á mamá pasar muchas noches llorando y muchos dias sin comer por el pesar que la causó la marcha de usted.

GEN. Sí, sí; ¡buena eres tú tambien! ¿Sales á la defensa de tu mamá? ¿Y tú llorarias tambien mucho, no es esto?

FRANC. Vamos, vamos, mi General, permítame uated que le diga que no puede tener razon para dudar de la verdad de la señorita, porque si hay ángeles en la tierra, la señorita es el primero de todos.

GEN. ¿Y qué antecedente tienes tú para calificarla así cuando la ves ahora por vez primera?

ELOISA. (Ap. á Francho.) Por Dios no descubra usted...

GEN. ¿Qué has dicho por lo bajo á Francho? ¿Qué misterios son esos?

ELOISA. (Asustada y sin saber qué decir.) Yo no oculto ningun misterio, papá.

MARQ. Habrás cometido alguna imprudencia, niña? Cuidado que yo lavo mis manos. Bien habia yo sospechado que el Lucianito trataba de levantarte de cascos...

ELOISA. ¿Qué desgraciada soy? (Llora.)

GEN. ¿Cómo es eso? ¡Voto á mil bombas, que si tal supiera! Responde, responde pronto la verdad ó ay de tí!

ELOISA. Ay! ay! papá, que me hace usted daño! (Casi llorando.)

FRANC. Señores! ¿Qué demonios de casa es esta? ¡Otra, Dios! Con ménos motivos están encerrados en Zaragoza?

ELOISA. Diga usted la verdad, señor Francho. Yo no he tenido jamás un pensamiento que no haya sido digno de mis padres. Nunca pude figurarme que se sospechara de mí de una manera tan injustificable.

GEN. Muy grave se ha puesto usted, señorita, y si como creo merece usted una satisfaccion, su padre será el primero en dársela tan cumplida como sea necesario.

FRANC. Ruego á usted, mi General, que llame á los dos jóvenes. Tal vez pueda evitarse el viaje á Manila del señor comendador.

GEN. Eso, jamás!

FRANC. Nadie puede decir, «de este agua no beberé.»

GEN. Lo veremos!

FRANC. Lo veremos.

MARQ. Yo respeto cuantas determinaciones quiera tomar el señor respecto á su hijo, pero no me parece prudente el que le permitas resolver en los asuntos del nuestro.

GEN. La coincidencia de estar tan intimamente enlazados los dos jóvenes, y el convencimiento en que estoy del cariño que Francho nos profesa, y de su prudencia, me hacen abandonarle toda mi confianza. (Toca una campanilla. Á un criado que se presenta.) Diga usted al señorito Eduardo y al jóven que le acompaña, que tengan la bondad de venir á mi despacho.

MARQ. Te ruego que te contengas, Antonio. Mi hijo es muy pundonoroso, y el verse reprendido delante de extraños puede producir un disgusto.

GEN. Más le valdria guardar esa susceptibilidad para no cometer desórdenes tan bochornosos.

FRANC. El General me tiene empeñada su palabra de no tomar parte en el asunto, hasta tanto que yo no le dé por terminado, y si vuecencia me concediera la gracia de hacer lo mismo, tal vez llegaria á alegrarse de haber depositado su confianza en este rústico y miserable labriego. Ya están aquí, silencio.

ESCENA III.

LOS PRECEDENTES, EDUARDO y LUCIANO.

EDUAR. ¿Qué concilio será este? ¡Dios me tenga de su mano?

GEN. Ha llegado el momento de poner término á los desórde-

nes de dos jóvenes calaveras desenfrenados, que olvidándose del respeto que merecen á sus padres...

FRANC. (Se disparó la locomotora!) (Ap.)

EDUAR. Dispense vuecencia, mi General, veo segun el exordio que se nos trata de formar una acusacion en todo derecho. Que al efecto se ha constituido el consejo de guerra, del que es vuecencia el presidente...

FRANC. Y yo el fiscal, señor comendador.

EDUAR. Yo lo recuso como tal, mi dignidad no consiente tanta ridiculez.

GEN. ¿Y querrás que yo sufra tan insolente cinismo, y no haga?...

FRANC. Nada más que cumplir la palabra que me ha empeñado.

MARQ. Hijo, te recomiendo la mayor prudencia!

ELOISA. Eduardo, sí, por Dios! (Llorosa.) Prudencia, hermano mio!

FRANC. De esa necesitamos todos. La prudencia es la virtud que más sirve en casos peliagudos. Dios me la ha concedido á mí tan admirable, que á ella debo no haber cometido una barbaridad esta mañana misma al oir á dos mozos jóvenes la conversacion que traian, sin saber que los escuchaban, sobre varias bromas bastante feas, y sobre todas, una que le habian dado la noche anterior á otro amigo llamado Leopoldo, tan buena pieza como ellos.

EDUAR. Usted oyó... (Pálido y tembloroso.)

FRANC. Todito, ¡señor comendador! (Con intencion.)

LUC. Máteme usted, padre mio; pero escúseme la humillacion que me prepara ante estos respetables señores.

EDUAR. Yo uno mi ruego al de Luciano. Disponga mi padre de mí como guste, pero no prosiga usted. ¡Por Dios!

GEN. ¿Qué es esto?

ELOISA. ¡Por Dios, señor Francho!

MARQ. Luego tú estás complicado en algun delito? ¡Qué vergüenza!

FRANC. ¿Quieren ustedes no interrumpirme? ¡Qué delito ni qüe!... Y aún cuando hubieran cometido un delito,

como ese delito lo sabia solamente yo, y aún cuando soy un infeliz y grosero labriego, vale tanto mi honra como la del primer aristócrata del mundo, supe hallar medios de tener una entrevista con el tal Leopoldo, y hacer desaparecer toda sospecha que pudiera recaer sobre sus imprudentes amigos, y le dejé tan satisfecho de todo. (Muy marcado.) Que el pobrecillo desea encontrar una ocasion de poder manifestar su gratitud.

LUC. Padre mio, perdon!

EDUAR. Perdon, señor Francho! (Arrojándose los dos á los piés de Francho.)

GEN. Nunca he tenido el placer de que mi hijo se humille ante mí!

MARQ. Pero hijo, ¿cómo desciendes?...

FRANC. Señora Marquesa, usted es incorregible!

MARQ. Cómo! (Muy altiva.)

FRANC. Me inspira Dios el medio de tocar en el corazon de este jóven, y cuando me convenzo con el mayor placer de que aún existen en él virtudes para poderlo salvar, viene usted á reprenderlo, porque le cree envilecido!

EDUAR. No, madre mia. El hombre no se envilece cuando conociendo su error pide gracia á aquel que le ha salvado de un peligro haciéndole comprender sus deberes.

FRANC. Va usted convenciéndose, mi General, que su táctica es muy buena para mandar soldados, pero inútil para educar hijos?

GEN. De lo que estoy convencido es de que has descubierto algun grave secreto que ellos temen que reveles, pero en cuanto pase el chubasco volverán á las andadas. El comendador irá á Filipinas, y...

EDUAR. Á donde usted disponga, padre mio.

MARQ. Yo no lo consentiré.

GEN. Calle usted, señora, ó voto á un cañon!...

FRANC. Eso es! Cañones y granadas, y cargas á la bayoneta. Esos son los únicos medios que encuentran los generales para arreglar todo. Así anda ello. En cuanto á tí, Luciano, debes estar convencido que tus faltas traen

consecuencias más funestas que las cometidas por tu amigo.

EDUAR. Pero Luciano es inocente, señor Francho. Yo he sido el demonio tentador que lo ha perdido.

FRANC. Qué tal, excelentísima señora? Á confesion de parte... Etcétera.

MARQ. Pero mi hijo ha obrado en virtud de un impulso de su noble gratitud hácia el que le habia salvado la vida. Su hijo de usted es el que debió evitar...

GEN. No confiesa si la aspan!

FRANC. Suplico á ustedes... Continúo...

LUC. Pero, señor. Ya que Dios le ha dotado á usted de una generosidad de alma tan esquisita, tenga compasion de este desventurado hijo en gracia al cariño entrañable que le ha tenido y excúsele la humillacion que le prepara.

FRANC. ¿En gracia al cariño que te he tenido?!... Es decir que tú crees que puede enfriar el cariño de un padre el ver á su hijo extraviado? Bien se conoce que no eres padre! Hoy es más vehemente mi amor, Luciano, porque veo, con harto dolor de mi corazon, que habiendo consagrado en tu obsequio cuantos sacrificios han sido imaginables, he escuchado con terror las escenas que han tenido lugar esta mañana en tu casa, y he visto con la más amarga desesperacion que has matado mi más dulce esperanza!

LUC. Nunca, padre de mi alma. Yo hago juramento solemne de volver á la senda que me tenia trazada, y de la que sólo ha podido apartarme un delirio pasajero. Confie usted, padre mio, en que muy pronto volveré á ser digno de su amor y de la estimacion de los demas.

FRANC. Yo confio en que Dios te iluminará para que cumplas como honrado, premiando así el sacrificio último que acabo de hacer. Ya sabes que dispuse de los mil duros de la dote de tu hermana para darte carrera...

MARQ. ¡Y luégo se atreve este hombre á calificarnos de locos! ¿Qué mayor locura que despojar á una hija por favore-

cer al hijo? ¿Quién le metió á usted en la cabeza la idea de dar á su hijo una carrera tan costosa sin medios para ella? ¡Es mucha ambicion la de estos pobres!

FRANC. Pero, dígame vuecencia, excelentísima señora. Si es para los ricos una cosa ridícula el dedicar á sus hijos á las letras y á las ciencias, segun vuecencia ha dicho; y á los que somos pobres se nos tacha de ambiciosos porque procuremos sacar á nuestros hijos de esta bochornosa ignorancia causa de nuestros males, ¿quién ha de desempeñar los infinitos cargos que son necesarios en la nacion?

ELOISA. Muy bien contestado.

MARQ. ¡Niña!

GEN. Y yo lo afirmo! Ese rústico labriego, como usted lo denomina, está dándonos á todos una leccion que no podremos olvidar. Continúa, amigo mio. Tus virtudes, tus bellísimas ideas te hacen acreedor á la consideracion y respeto de cuantos abriguen un corazon noble y honrado.

FRANC. Gracias, mi General... no merezco... Continúo. Iba diciendo que habia invertido la dote de tu hermana en tí. Pues bien, conociendo yo por el contenido de tus cartas últimas, que el demonio habia metido la pata, quise prepararme para todo evento. He tomado sobre la única finca, que era el sólo recurso de nuestra familia para vivir, he tomado, repito, cuarenta mil reales, haciendo una escritura de retroventa por término de cuatro años, al módico interés de veinte por ciento anual. He repuesto el capital y utilidades de la dote de Casilda, para que Dios no tenga que castigarme un delito que pesaba sobre mi corazon como plomo derretido, y el resto lo he traido para entregártelo y que lo tires ó lo aproveches. Si haces lo primero, Dios te pedirá cuenta de ello. Si queda en tu corazon un resto de la honradez que he procurado inspirarte; si pesa sobre tu alma el remordimiento de que tus ancianos padres y tus dos pobrecitos hermanos han abandonado la casa en que

nacieron para ir á comer en la de un amo el amargo pan de la servidumbre; si reflexionas sobre ello y te enmiendas, tus padres y tus hermanos soportarán con placer las amarguras que les ha ocasionado tu proceder imprudente.

LUC. Maldito yo que he forjado las armas que están destrozando mi corazon. No hay fiera más indómita que un mal hijo. ¡Yo soy el peor que ha nacido! La ingratitud es mi alimento! ¡El crímen mi guia! ¡Ah! ¡infame de mí! ¡Qué he hecho! (En el colmo de la desesperacion quiere arrojarse á la calle. Todos le contienen y procuran apaciguarle.)

FRANC. ¡Hijo mio! ¿Qué haces? Por Dios, Luciano! tranquilízate! perdóname el que yo haya llevado tan al extremo mis reflexiones. Si yo tengo la seguridad de que tú serás honrado, de que nos pagarás con usura todo lo que hemos hecho. Si yo he tenido la culpa por haberte mandado solo á Madrid. Vamos, hijo mio, tranquilízate, por Dios, ó me verás morir aquí de pesar! ¡No puedo mas! (Cae en una silla apoyados los codos en sus piernas y la cabeza en las manos.)

MARQ. Señor Francho, es usted el hombre más honrado que he visto en mi vida. Deme usted esa mano. Su amistad me enorgullece más que la de un rey.

GEN. (Que ha estado con Eduardo consolando y conteniendo á Luciano en su desesperacion.) Vamos, Luciano, hijo mio, tranquilízate. Dios me ha hecho rico para premiar por mi mano las virtudes de tu honrado y respetable padre, pagando á la vez las vidas que os debemos. Mañana mismo sale tu padre para Zaragoza con el dinero suficiente á rescatar la finca. Tu carrera corre de mi cuenta, porque sé que corresponderás á mis esperanzas.

LUC. Ah! mi General. Dios premiará á usted tan noble accion, y yo le juro cumplir como bueno.

ELOISA. Bien, papá, bien!

FRANC. Pero, mi General, yo no puedo permitir...

GEN. Silencio en las filas! Tú harás lo que yo mande.

MARQ. Sí, amigo Francho, sí; es muy justo lo que quiere mi

Antonio y lo que yo deseo. Luciano seguirá sus estudios...

GEN. Sí; en la Universidad de Sevilla, para donde saldrá mañana recomendado al jefe militar de aquel distrito, que le tratará como á hijo.

ELOISA. (Con cierto pesar disimulado.) Á Sevilla?...

FRANC. Sí, señorita. El General tiene razon. Aquí hay tantos objetos de distraccion, (Miradas de inteligencia entre Francho y el General.) que pueden precipitarlo nuevamente.

GEN. Veo que opinas como yo, Francho.

FRANC. Qué duda tiene.

GEN. Aquí tienes tu real despacho de oficial de caballería en el ejército de Filipinas.

MARQ. ¡Hijo mio! (Abrazándolo.) Es la voluntad de tu padre y no tengo nada que oponer á ella, por más que sea un golpe mortal para mí.

ELOISA. Papá, tengo dos hermanos. Manda usted al uno á Sevilla y al otro á Manila, y eso es una inhumanidad.

MARQ. Cuando tu papá lo dispone así, sus razones tendrá.

GEN. Se quedará en la Península.

MARQ. y ELOISA. Ah! (Grito de júbilo.)

EDUAR. En todas partes procuraré hacerme digno del nombre con que me honro.

GEN. Así lo espero.

FRANC. (Á su hijo, con malicia.) Oye, chiquio. ¿Tendré que ir á Sevilla? Mira que es muy largo el camino y yo muy viejo.

LUC. Lecciones tan sábiamente dadas no se olvidan jamás, padre.

FRANC. No es mi sabiduría la que te ha salvado. Te ha salvado el entrañable amor de tu padre.

FIN.

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

(*Adicion al mismo catálogo.*)

TÍTULOS.	Actys.	Prop. que correspond.
›mo se guisa un conejo....	1	Todo.
ırta canta.....	1	Id.
ıda mochuelo á su olivo...	1	Id.
ɔ noche todos los gatos son pardos.....	1	Id.
ıtre Pinto y Valdemoro...	1	Id.
con el siglo.....	1	Id.
ı mar!.....	1	Id.
›s anónimos.....	1	Id.
ı cruz de beneficencia.....	1	Id.
abat Mater.....	1	Id.
›ñorita, el general.....	1	Id.
n secreto entre mujeres....	1	Id.
·iunfo de la esperanza,,....	2	Id.
l conceller y el monarca...	3	Id.
ı Beltraneja.....	3	Mitad.
›dro el sordo.....	3	Todo.
. Pacífico ó el Dómine irresoluto. (Zarzuela.).....	1	L. y M.
El aire de una mujer.....	1	L. y M.
El hombre es débil.....	1	Id. Id.
Flor de Aragon.....	1	Id. Id.
La Correspondencia de España.....	1	Id. Id.
=Tocar el violon.....	1	Música.
Un ensayo de Pepe Hillo....	1	Id.
=¡El Teatro en 1876!!.....	2	Id.
Travesuras amorosas.....	2	L. y M.
=Perla. (Zarzuela.).....	1	Música.
Como llovido del cielo.....	3	L. y M.
La perla. (Zarzuela.).....	3	Id. Id.
La internacional.....	1	Todo,
1871-1872, revista.....	1	Id.
La sota de espadas.....	3	L. y M.
Desde el tendido.....	1	Todo.
Necesito un hombre.....	1	Id.
Un yerno á pedir de boca...	1	Id.

PUNTOS DE VENTA.

:N PROVINCIAS. En casa de los comisionados de los señores GULLON É ALGO, y en las principales librerías.

N MADRID. En las librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA LAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo, y de L. ez, calle del Cármen.